

OSVALDO  
PICARDO

Mar del Plata  
*seguido de* Otros lugares  
y viajes

UNIVERSIDAD NACIONAL  
DEL LITORAL



Mar del Plata

*seguido de* Otros lugares  
y viajes

CDD 910.4. Osvaldo Picardo

Mar del Plata seguido de Otros lugares y viajes  
1a ed - Santa Fe: Univ. Nacional del Litoral: 2012.  
48 pp; 18x11 cm (Itinerarios)

ISBN 978-987-657-723-6

1. Literatura Argentina. 2. Poesía. I. Título.

Coordinación editorial: *Ivana Tosti*

Corrección: *Francisco Bitar*

Diagramación: *Ana Cáneva*

© Osvaldo Picardo, 2012

opicardo@gmail.com

© ediciones  UNL

Secretaría de Extensión,  
Universidad Nacional del Litoral,  
Santa Fe, Argentina, 2012.

Queda hecho el depósito  
que marca la Ley 11723  
Reservados todos los derechos.

9 de Julio 3563, CP 3000,  
Santa Fe, Argentina.  
Telefax: (0342) 4571194

editorial@unl.edu.ar  
www.unl.edu.ar/editorial

Mar del Plata  
*seguido de* Otros lugares  
y viajes

Oswaldo Picardo





Hay que defenderse de todo lo que somos,  
pero de tal manera que no lo destruyamos.

ELÍAS CANETTI

Por más lejos que vayas, lo más lejos que esperes,  
de nuevo en la misma ciudad te veré.  
Ah si tu vida la destruiste aquí  
en este rincón pequeño en toda la tierra la destruiste.

KAVAFIS



Mar del Plata





I

**Las ciudades son absurdas**  
hasta que alcanzan  
la playa del hábito y del amor.

Imponen un tiempo  
y una mirada  
que no eran tuyas.

He leído que algo parecido  
sucede con unos peces  
de las profundidades:

Se hunden en la noche del agua  
sintiendo la cercanía  
de la hembra desconocida.

Y bajo sixtinas de coral  
encuentran y descubren  
el corazón del instinto.

Basta eso para aplastarse  
contra la piel de una vecina  
y así, desaparecer día tras día,

hasta que, en la unidad deforme,  
pierden los propios ojos  
y hasta el primitivo cerebro.

El amor que miente su razón  
con tanta entrega, nos abandona  
a una práctica insípida:

saludarnos diariamente,  
hablar de las mismas cosas  
y aplastarnos...



## II

**No hay ciudad eterna,**  
lo sabemos.

Europa tiene plata  
para cada piedra de la historia.  
Y conserva un simulacro pasajero.

Las barcas amarillas amarradas  
en la dársena, apretadas una junto a otra,  
sobre todo en la niebla, me hablan  
de la inútil tenacidad de las formas.  
Nunca se debieron creer  
volviendo del mar,  
que existirían para siempre.

Por más que intenten sobrevivir  
las ciudades mueren  
con el que se pierde en sus calles.  
No son ellas sino un mapa  
de vísceras dadas vueltas.

Debió existir  
una ciudad de Fidias y otra  
de Rembrandt. Otra imaginada  
por Le Corbusier y alguna  
por Amancio Williams.

No son una postal  
con las ramblas de madera,  
las casas bajas de piedra.  
Y los espigones que la sudestada  
de la noche al día,  
desarticula vértebra a vértebra...

Apenas son rastros, casi ruinas,  
y no es poco:  
antes toda distancia era invisible.



### III

**Hay un cuadro de Hopper**  
que me recuerda caprichosamente  
la ciudad en que nací.

*Ventanas en la noche.*

En primer plano,  
por efecto de la luz y la sombra,  
una cadera de mujer y un codo  
indican un brusco movimiento  
que una de las ventanas recorta.  
Es una historia que no necesita  
principio ni fin.  
La ciudad insiste en aparecer  
en la tela del pintor.

También, para mí,  
he creado mi propia tela.  
No existió antes ni después.  
El inmigrante y el desterrado  
me entienden.

El turista  
nunca ha llegado a estas playas.



## IV

**Esta ciudad fue construida**  
sobre las ruinas de otras. Hubo  
una Costa Galana

y un saladero portugués  
con una capilla colonial  
que aún se conserva.

Dicen  
—hay fotos para probarlo—  
que también fue Biarritz.

Esta ciudad inventa otra ciudad.  
John Berger escribió que  
“el último día del año

todas las ciudades  
tienen derecho a disfrazarse.  
Marrakesh puede impunemente

vestirse de París. Madrid puede  
imaginarse libre. Trinidad volar  
el Banco de Inglaterra”.

Y cuando llega el verano  
también la nuestra  
manda a hacer su disfraz.

Y obedecemos una vez más.





## V

**La ciudad se va llenando de filiaciones,**  
va zurciendo la memoria  
con las grietas de la impaciencia.

Los trenes, los aviones, los autos  
se concentran en la distracción del tiempo.  
Y ellos mismos disuelven los espacios.

Pero es raro un hombre que camina.  
Un hombre que olvida qué calle lo lleva  
que va en un viaje lento, feliz de los regresos.

¿No hay dos lugares que concuerden  
exactamente?, se pregunta.  
¿No hay dos colores iguales  
en los otoños de una plaza?

Esta esquina me recuerda otra  
cuando era chico.  
Un almacén abandonado  
de mil novecientos veinte con un nombre  
en ruinas: El Progreso.

El boulevard Colón y una lechería  
Laponia con un heladero  
gigante y dollicocéfalo...

Todo es la fijeza extraña del agua  
y en ella, los jeroglíficos  
de un lobo marino entre las barcas.



## VI

**Hubo también un arroyo**  
que se llamó Las Chacras.

Ni siquiera fue un río  
como el Arno o el Támesis,

pero su naturaleza de víbora  
y sus desbordes obstinados  
hicieron de largo muro  
entre las luces del Hotel Bristol  
y el miasma de animales y obreros muertos.

Nos dicen, con un apropiado tono elegíaco,  
que nada ha quedado de todo eso,  
ni el arroyo que yace enterrado bajo el asfalto

ni aquellos pasajeros del Ferrocarril del Sud,  
sorprendidos como Paul Groussac  
por *la eterna demencia de las olas...*

Más difícil que creer que ya no existen  
es creer que estas cosas existieron:  
un molino harinero, un puerto,  
la usina del italiano y las casas de pescadores.

Estas criaturas nunca fueron iguales:  
el signo de su clase o el sentido moral de su  
[trabajo  
los convenció de las pequeñas diferencias.

Resulta que no fue decisivo el destino  
a donde creyeron dirigirse, sino  
la ambición con la que estuvieron de paso.

Lo que fue arroyo o construcción a sus orillas  
ahora hacia sí mismo arrastra, inunda  
las calles y desbarata los planes de una tarde.

Vuelve con el verano y las lluvias, desde su  
[entierro,  
con el ineluctable convencimiento del agua  
amordazada por la época y por los ingenieros.

Subterránea fuerza  
se lleva el polvo y la miseria  
con el crispado lenguaje de la necesidad.



## VII

**A principios del siglo xx, mi abuelo**  
fue albañil y fue socialista. Algo  
de su pasado me queda  
en una foto perdida y en un cuadro:  
*Episodio de la fiebre amarilla.*

Ahí, un recinto en sombras contrasta  
con el sol que viene de la calle. Recorta  
tras la puerta, el gesto de dos médicos famosos.  
Y de una mujer que está muerta,  
con una criatura llorando al pecho.  
Es un día de marzo de 1871  
y ella aún se llama Ana Bristiani.

La misma fiebre se llevó al padre de mi abuelo.  
Pero la peste y la pobreza los trajo  
a la desembocadura de Las Chacras, donde  
la publicidad de entonces prometía esta playa,  
como la espuma, pura y saludable.

En esto creyeron una madre y un hijo,  
solos en una estación de trenes.  
Mi abuelo aparece en esa foto

(que ahora se me ha perdido) de la mano  
de una mujer que no sonríe.  
Tiene aquel niño sus ojos entramados  
en el invisible fotogr fo.

Otra puerta se cierra, y apenas  
si hay árboles que sujeten el viento del sudeste,  
el que desparrama origen y enfermedad.

El albañil y el socialista  
harán su casa sobre el arroyo, sobre  
lo que fuera inundación y barrio pobre.

Rosa se llamar  su amor. Y tres  
será la cifra impar de sus hijos.

 Qu  otras imágenes unen lo que no existe  
a lo que existe, y así en lo sucesivo?

 C mo algo tan fuerte lo desata, un día,  
un simple, absurdo manotazo de viento?



## VIII

**Los cadáveres y las estatuas son parecidos,**  
mantienen la identidad del frío y se vuelven  
maneras —como en aquel poema de Ritsos—

de cuidar contra nosotros mismos así  
como contra los enemigos, a nuestros muertos.

El ensañamiento de un asesino  
o la misma intemperie a la que fueron arrojados  
no borran del todo una existencia.

No son los héroes, tampoco los fundadores.  
Estos se elevan del bronce que los militares  
[adoraron  
o se olvidan tras el bautismo de una calle.

Los otros cadáveres, en cambio, no tienen lugar:  
María Leticia Filosi, Marlene Michensi,  
Débora San Martín, las putas de La Perla...

Y Fernando Hallgarten, José Luis Musmeci,  
Carlos Mendoza, Lidia Renzi, Ignacio Suárez...  
Nombres en lugar de cuerpos, en lugar de un  
[lugar.

Ellos abordan la sombra de un “ángel rubio”  
cuando el verano los monstruos disfraz  
de socios de una playa grande...

Lo desaparecido aparece, entonces,  
insepulto en el barro del arroyo invisible,  
pero todavía adentro, con su oscuridad forzada.

Es en las rocas, a martillazos de olas,  
que se interrumpe la huída hacia adelante.  
Y si bien no se vive para el recuerdo,

sólo se vive, cierto:

*Sin olvido.*

*Sin perdón.*





## IX

**Debería hablar sobre el mar,**  
el que le da nombre a la ciudad  
tanto como que la niega.

El mar —decir por ejemplo— respira.  
Suben y bajan, apoyados, tres patos marinos.  
Y sobre el ronquido de su sueño

se sostiene el insomnio del pescador.  
No está *un marinero pensando en las playas*  
*de un vago, lejano, brumoso país...*

Me viene en cambio, la imagen del pescador.  
De su espera larga, en la escollera.  
Horas bajo el farol, horas de termo y de radio.

Y el brillo de unos ojos muertos  
que traducen la incógnita de otro mundo.  
No es el mar, sino una caña en el tiempo.

Debería hablar sobre el mar: El que da nombre  
a la ciudad tanto como que la niega.  
Decir algo así como Fogwill dice:

“Pero no hay mar: el mar es sólo ausencia  
en la sílaba mar: pasa el sonido  
y queda el hombre frente a un mar que inventa”.

Es cierto, no hay sino un invento.  
Y sólo fuera del lenguaje  
es posible que lo miren y que lo vean.



## X

**Nada más intrascendente que una hormiga.**

Leo. Y esa clase de intrascendencia —pienso—  
heredará, algún día, la tierra.

Sus antepasados lograron el vuelo  
pero se fueron aceptando esclavas  
convencidas de su lugar en el mundo.

Un orgullo secreto las revela hermanas  
simplemente por la memoria  
de un olor al momento de nacer.

Contra todas ellas, las negras, las obreras,  
las coloradas, las voladoras,  
se levantó la Villa Victoria Ocampo.

Sombra veraniega de San Isidro,  
que trajeron, a pedazos, desde Inglaterra,  
seguramente llenos de trascendencia.

De aquellas batallas de verano,  
contra las hormigas, no quedan  
registros epistolares ni diarios íntimos.

Sólo la convicción subterránea  
de que serán las que sobrevivan  
y *el resto, silencio.*



## XI

### **Quienes viven en la calle**

llevan una vida de perros. Así un hombre  
que de tanto revolver la basura

y dormir entre los cartones,  
terminó en la peatonal ladrando  
la plegaria aprendida en Malvinas.

Todos en La Feliz, necesitan alguna locura  
para dejarla afuera a la hora de trabajar.  
(Yo, por ejemplo, creo que soy un poeta.)

En cambio, esta lápida en el cementerio  
acierta, sin tantas vueltas, con una frase:  
“Aquí está nuestro querido Alberto”.

No hay grandilocuencia de bronce,  
ni héroe que decore la putrefacción.  
Esa es su teatralidad entera.

Ha salido fuera del lenguaje  
tanto como de las calles en que era  
sólo un perro y un ladrido más.

¿Detrás? ¿Qué hay allá? ¿Más allá?  
La escoria y los soldados anónimos  
que sobreviven por milagro.

La escritura de la ciudad excede  
la posibilidad de cantarla,  
mucho más de oírla.

Nada importa que sepan su historia.  
Ella ocurre. Solamente ocurre,  
espontánea como una explosión sorda.

Se astilla en miles de conciencias  
obligadas a la consideración y al lenguaje.  
Y pronto, como el aire, todo es un lugar común.



## XII

**No sabes qué hay al otro lado del horizonte,**  
donde éste termina con el día. No es una barca  
que por cierto flota petrificada entre las nubes.

Ni más allá de la escollera  
con el Cristo de brazos abiertos. No, no son cosas.  
Esta vez, no son cosas.

En todo lo que se configura bajo el atardecer,  
en los lobos marinos de Fioravanti,  
en la Rambla y la pareja que se retrata,

una sola realidad existe en verdad:  
un chico, al fondo, en la orilla  
con un puñado de arena entre las manos.

¿Qué historia repite? ¿La misma y la nuestra?  
¿Cómo se repite lo que no vuelve?  
Él vive antes de que caiga la noche.

Ahí se escribe cuanto has deseado ser  
y una deuda infinita  
que se ha vuelto tu mirada.

 *Mar del Plata, 2005*

## Otros lugares y viajes





Volví a mi ciudad, volví como se sabe,  
junto al mar y a las casas del verano. Volví  
después de haber andado la vida en otro idioma,  
con una agenda de teléfonos llena de las voces  
de los que aquí no viven más. Invisible como el  
[aire,  
recorro las calles y me disuelvo en la multitud.  
A nadie le confieso que aquí he nacido  
y sólo con eso, los vecinos y los comerciantes  
no dejan de tratarme con amor y respeto.  
Todas las noches enciendo una luz en la ventana  
y espero la visita de mis muertos. No vienen.  
También para ellos soy apenas el extranjero.  
He pintado las paredes, reparé el techo,  
clavé el marco de la ventana que da al mar  
y dejé adentro el último pasaje de mi vida.



Una estatua con cuernos, en las tinieblas  
de una iglesia. Imagínese.  
Se sube por una calle en escaleras de Roma.  
Venga conmigo, entre y mire en la escultura  
el tiempo del mármol, sin la condenación  
del acto ni la probabilidad del atentado.  
El tiempo se demora sin propósito en esa barba  
destrenzada sobre el pecho o en las venas  
de un brazo que sujeta las famosas tablas.

*Se prohíben las fotos:* por favor, no  
perpetúe el brillo sobre una superficie mortal.  
Sólo la penumbra poseerá al mármol  
que parece recién encontrar asiento.  
En la blandura de la piedra usted avance  
contra lo permitido, con sus manos y sus labios.  
Una materia sin alma perdura y habla  
del viejo cuento sin fin de la Belleza.

Y no se inquiete demasiado que a la salida  
venden postales para decirle a sus amigos  
que usted ha estado ahí contra toda sospecha.



Los monos, el elefante, el hipopótamo,  
los tigres vienen a confesar que algo  
no está del todo bien. Ha de tratarse  
de un defecto serio en la historia,  
una desproporción de lo máximo  
en lo mínimo agazapado en algún rincón  
de las cabezas. Podría haber sido un día  
de sol como cualquier otro domingo  
de la mano de un abuelo; con las piernas  
ligeras y los ojos de un nieto...

Y no es así. Hay orden de sacrificar  
los animales. El olor a establo abandonado  
aturde como el imparable aullido de los lobos.  
Antes que los B-52 hagan temblar el cielo,  
los leones conocen lo que todavía ignoran  
y hundirán las cabezas orgullosas  
en la mierda de sus miedos. El orangután  
“casi más triste que un hombre”,  
se descolgará y sobre su culo pelado  
pensará en la muerte que le han robado.



I.

Nada ha quedado del templo romano de Jano  
a no ser la oscuridad cristalina adentro  
que flota sobre las mareas del tiempo.  
Abderramán durmió con estas piedras.  
Otros también, mientras que la suma diera  
el perfecto *zero*; y lo invisible,  
el olor de los naranjos; y las fuentes del Jannah,  
la letra del Suna. Entre las columnas se juntan  
los siglos y, si se presta atención, un ruidoso  
[espejo  
del cielo y la tierra, toca con la frente el suelo.  
A estas horas, soplan vientos contrarios,  
los guías arrastran turistas y *flashes*  
hacia un frío horno de profetas y paraísos.

## II.

Las dovelas sostienen toda la irrealidad  
que contagian estas paredes,  
cuando de a poco la puerta postigo se cierra  
y deja detrás la música de un asubio.  
El silencio crece adentro y se tensa  
como una espera que no logra lanzarse.  
Mi guía juega conmigo, se ha escondido  
detrás de setenta mil cortinas, oscura  
como la Mezquita. Busco y no encuentro:  
Me deslizo lento en la sombra  
a un santo lugar entre sus brazos.  
Yo sé que ella está en algún rincón  
y me espera.  
Es este dios que juega adentro,  
flota en silencio, y a nadie pertenece.



Roma no es una ciudad sino una escritura heredada: un acróstico de chicos, o Cicerón y César entrelazados, la *urbs* de los caminos centrípetos, o la Argirópolis de Sarmiento, el bárbaro y su amenaza eterna, un mapa turístico en manos de un argentino con pasaporte italiano en busca del pariente lejano. Usted, entonces, con el ojo puesto en el agujerito de su mundo, preguntará confidente: cómo se anda por las calles de una escritura. Es cuestión de saber leer y dejarse llevar.

Peleas y discusiones infinitas se escuchan, el verano pesa en los pies y estamos hechos agua y trapo. Los yuyos, con impertinencia, garabatean los mármoles y todos hablan del caso de Carvilio Ruga,

un divorcio famoso a pesar del amor.

¿Quiénes fueron? ¿Qué se hizo? ¿Dónde?

¿Con qué medios? ¿Por qué se hizo?

¿De qué modo? ¿Cuándo?

Yo no quiero responder (en unos días volveré a ver a mis alumnos y oiré las respuestas que al fin aquietarán el silencio, no el tiempo).

Seguiré caminando, bajo el sol, por estas calles escritas, aún lejos, y usted volverá a subir a su ómnibus refrigerado para olvidarse de todo menos de sí mismo.

Algunas abejas sobrevolarán los desperdicios entre las piedras monumentales del Foro, alguna flor en los matorrales que desde aquí no veríamos y el viento fresco que empezará a soplar como si se tratara de la túnica del sátiro cursi que cae y desnuda lo que ya no existe pero está escrito: Roma.





*Cuentan los hombres dignos de fe*  
—pero Alá sabe más— que los mercaderes  
remontaban el río y traían sedas y alfombras  
de mil nudos, especias inspiradas  
y acorazados pistachos. La verdad vivía  
en las calles como en un cuento  
de las *Mil y una noches* y Alá era grande.  
Los escombros tratan de desmentir  
que algo mejor haya existido,  
por igual sepultan el olor a cadáver  
y la sagrada letra que el viento no debe borrar.  
Los hombres dignos de fe han visto  
en el mercado negro vender tablillas sumerias  
rotas en pedazos después de los bombardeos.  
Arcilla y cuña de 3000 años. Muchas de las tablas  
fueron conservadas también por el fuego  
de otras guerras: cocidas para perdurar  
en el mismo momento en que los enemigos  
incendiaban la ciudad. Alá, entonces, era grande.



Me voy a poner en camino.  
Voy a tardar en volver a verte  
¿Qué podemos hacer?  
Encargué el pasaje hace algún tiempo  
No. No sé todavía por dónde voy a ir,  
iré a cada paso viendo  
lo que queda y lo que ya no existe.  
La memoria tira al viento  
lo que no quedó bien atado  
como las matas de menta junto al galpón.  
A veces yo también siento que me llaman.  
La voz es de alguien querido  
que me quita este peso de encima:  
despedirme.  
¿Las Sirenas de aquel otro viaje?  
O ¿Camile Javal en la oscuridad prohibida  
del Cine Bristol?  
Hay que reconocer la calma  
con que familiarmente me abandono  
a un mundo hecho fábula.



Voló entre las cortinas a un mundo  
que únicamente vos habías imaginado  
en clase con tus alumnos, en libros  
usados y mapas de chinos y persas.

Nadie sino vos, notó su partida, y eso  
no era extraño: nadie antes había notado  
su llegada, entre bandadas de golondrinas  
trapecistas llenando de nudos el aire.

Allá voló, con los ojitos que te conocieron;  
preguntó a los otros viajeros cómo llegar:  
a Ziryab el pájaro negro; a Abur Bakr al Turtusi  
y a las no menos de siete mil cautivas de

[Barbastro.

Demoró su mano con Ben Ammar jugando  
“lo blanco a lo blanco y lo negro a lo negro”  
en una partida de amor desesperado.

No faltó un ciego Muqaddam de Cabra  
con su collar de perlas, ni las escritas paredes  
ni los ágiles acróbatas del agua,  
presos en las páginas de la Alhambra.

En el salario injusto de las palabras dejó voces  
de madres y hermanas, ruidos de cocina  
en la noche blindada de la berenjena;  
en la lujuria del damasco,  
en la armadura del alcaucil  
o en la curiosa minucia del azafrán.

Está sin que tus ojos puedan volver a verla,  
y no se puede olvidar: por acá anduvo,  
como un poema que nunca pudo escribirse.



## LOS LUGARES NO ESPERAN

Los lugares no nos esperan.  
Desaparecen de manera distinta,  
en las orillas de una convicción  
y con el cansancio de una foto.  
Creíamos haberlos encontrado:  
lugares casi oscuros en Plaka  
cuando la luna está sobre la Acrópolis  
como imitando un folleto de mal gusto.  
Un bar Zedón en el bajo porteño  
o un asado a sol y sombra en Santa Clara.  
Lugares para quedarnos.

En ellos nunca estuvimos solos.  
Y no volveremos iguales.  
Encontrarlos es perderlos. Y así  
en lo sucesivo.



## ÍNDICE

### MAR DEL PLATA


- |    |  |
|----|--|
| 9  | I. LAS CIUDADES SON ABSURDAS               |
| 11 | II. NO HAY CIUDAD ETERNA                   |
| 13 | III. HAY UN CUADRO DE HOPPER               |
| 14 | IV. ESTA CIUDAD FUE CONSTRUIDA             |
| 16 | V. LA CIUDAD SE VA LLENANDO DE FILIACIONES |
| 18 | VI. HUBO TAMBIÉN UN ARROYO                 |
| 20 | VII. A PRINCIPIOS DE SIGLO XX, MI ABUELO   |
| 22 | VIII. LOS CADÁVERES Y LAS ESTATUAS...      |
| 24 | IX. DEBERÍA HABLAR SOBRE EL MAR            |
| 26 | X. NADA MÁS INTRASCENDENTE...              |
| 28 | XI. QUIENES VIVEN EN LA CALLE              |
| 30 | XII. NO SABÉS QUÉ HAY AL OTRO LADO...      |

### OTROS LUGARES Y VIAJES

- |    |                             |
|----|-----------------------------|
| 33 | EL EXTRANJERO               |
| 34 | EL MOISÉS                   |
| 35 | ZOOLOGICO DE BELGRADO, 1999 |
| 36 | MEZQUITA DE CÓRDOBA         |
| 38 | ESCRITURA DE ROMA           |
| 40 | BAGDAD, 2003                |
| 41 | ANTES DE IRNOS              |
| 42 | TARAB                       |
| 44 | LOS LUGARES NO ESPERAN      |

MAR DEL PLATA

y OTROS LUGARES Y VIAJES

se diagramó y se compuso en ediciones  UNL

y se terminó de imprimir en Docuprint, Tacuarí 123,  
CABA, Buenos Aires, Argentina, marzo de 2012.

**JOSE LUIS VOLPOGNI**

*El halo de los infiernos (Brescia, Casa Analfabeta, Italia)  
(Jorge de la Huerta, 2010)*

En *Más del plato y Otros platos y rajes*, Osvaldo Picardo propone un recorrido por la ciudad, por la propia sílaba, de acuerdo a un movimiento en clave musical. Para ello se vale de las marcas que le han conferido un lugar singular dentro de la poesía argentina, una lengua medida, no exenta de gravedad, donde la descripción y la reflexión se imbrican hasta corresponderse, al tiempo que se impone al resto cierto efecto de «distorsión»: una "suavidad de memoria y deseo" que, lo mismo que en Karafis, figura tan cara al autor, dialoga con la herencia de Occidente. Es que cuando leemos a Picardo tenemos la impresión de leer otra lectura, una lectura poseída por la escritura: el poema se escribe desde la evocación, no del pasado ni hay evidencias en estos poemas como del drama de posturas, escrita en la cual se actualizan los siglos de escritura (no con tanto, después de todo) que salen al encuentro del sexo. El poema en Picardo se así escrito bajo la vigilancia de sus mayores: uno en conversación con ellos, en un presente menos condenado por la ansiedad de sus propositos que de los por el amor al tratamiento, mismo en la solemnidad del legado que en la escala de una complicidad que sobrevive.

*Francisco Bazo*



edicionesUNL

ISBN 978-950-457-725-9



9 789504 577259